



naturaleza  
y libertad  
revista de filosofía

Para la publicación de este número se ha contado con la ayuda  
financiera de las siguientes instituciones:  
**Departamento de Filosofía y Lógica y Filosofía de la Ciencia  
de la Universidad de Sevilla**  
**Asociación de Filosofía y Ciencia Contemporánea. Madrid**

EL AJUSTE FINO DE LA NATURALEZA.  
REPLANTEAMIENTOS CONTEMPORÁNEOS DE LA  
TEOLOGÍA NATURAL

Número Monográfico de  
NATURALEZA Y LIBERTAD  
Revista de estudios interdisciplinarios

Número 5

Málaga, 2015

Esta revista es accesible *on-line* en el siguiente portal:

<http://grupo.us.es/naturalezayl>

## Naturaleza y Libertad

Revista de estudios interdisciplinarios

---

Número 5 ISSN: 2254-96682014

---

**Directores:** Juan Arana, Universidad de Sevilla; Juan José Padial, Universidad de Málaga; Francisco Rodríguez Valls, Universidad de Sevilla.

**Secretario:** Miguel Palomo, Universidad de Sevilla

**Consejo de Redacción:** Jesús Fernández Muñoz, Universidad de Sevilla; José Luis González Quirós, Universidad Juan Carlos I, Madrid; Francisco Soler, Universität Dortmund / Universidad de Sevilla; Pedro Jesús Teruel, Universidad de Valencia; Héctor Velázquez, Universidad Panamericana, México.

**Consejo Editorial:** Mariano Álvarez, Real Academia de Ciencia Morales y Políticas; Allan Franklin, University of Colorado; Michael Heller, Universidad Pontificia de Cracovia; Manfred Stöcker, Universität Bremen; William Stoeger, University of Arizona.

**Consejo Asesor:** Rafael Andrés Alemañ Berenguer, Universidad de Alicante; Juan Ramón Álvarez, Universidad de León; Avelina Cecilia Lafuente, Universidad de Sevilla; Luciano Espinosa, Universidad de Salamanca; Miguel Espinoza, Université de Strasbourg; Juan A. García González, Universidad de Málaga; José Manuel Giménez Amaya, Universidad de Navarra; Karim Gherab Martín, Urbana University, Illinois; Martín López Corredoira, Instituto de Astrofísica de Canarias; Alfredo Marcos, Universidad de Valladolid; María Elvira Martínez, Universidad de la Sabana (Colombia); Marta Mendonça, Universidade Nova de Lisboa; Javier Monserrat, Universidad Autónoma de Madrid; Leopoldo Prieto, Colegio Mayor San Pablo, Madrid; Ana Rioja, Universidad Complutense, Madrid; José Luis González Recio, Universidad Complutense, Madrid; Javier Serrano, TEC Monterrey (México); Hugo Viciano, Université Paris I; Claudia Vanney, Universidad Austral, Buenos Aires; José Domingo Vilaplana, Huelva.

**Redacción y Secretaría:**

Naturaleza y Libertad. Revista de estudios interdisciplinarios. Departamento de Filosofía y Lógica. Calle Camilo José Cela s.n. E-41018 Sevilla. Depósito Legal: MA2112-2012

☎ 954.55.77.57 Fax: 954.55.16.78. E-mail: jarana@us.es

© Naturaleza y Libertad. Revista de Filosofía, 2015

## ÍNDICE

### EL AJUSTE FINO DE LA NATURALEZA. REPLANTEAMIENTOS CONTEMPORÁNEOS DE LA TEOLOGÍA NATURAL

Miguel Acosta (U. CEU S. Pablo), <i>Neuroteología. ¿Es hoy la nueva teología natural?</i> .....	11
Javier Hernández-Pacheco (U. Sevilla), <i>Filosofía y ciencia. Propuesta de una solución hermenéutica al problema de su discontinuidad</i> .....	53
Alejandro Llano (U. Navarra), <i>Metafísica de la Creación</i> .....	67
Martín López Corredoira (I. A. Canarias), <i>Ajuste fino: Nueva versión del mito del Dios-relojero para tapar agujeros en el conocimiento científico</i> .....	83
Miguel Palomo (U. Sevilla), <i>¿Necesitamos una teología natural ramificada?</i> .....	95
Francisco Rodríguez Valls (U. Sevilla), <i>¿Por qué no el paradigma teísta? Un diálogo con La mente y el cosmos de Thomas Nagel</i> .....	107
Francisco Soler Gil (U. Sevilla), <i>¿Es el ajuste fino del universo una falacia? Apuntes sobre el debate entre Victor Stenger y Luke Barnes</i> .....	119
José María Valderas (Barcelona), <i>Ajuste fino y origen de la vida</i> .....	133
Héctor Velázquez Fernández (U. Panamericana, México), <i>¿Es el cosmos realmente un objeto?</i> .....	239
Juan Arana (U. Sevilla), <i>De ajustes finos, tapones cognitivos y diferencias ontológicas</i> .....	257

### ESTUDIOS

Rafael Andrés Alemañ Berenguer (U. Alicante), <i>Del equilibrio al proceso: evolución epistemológica de la termodinámica clásica</i> .....	285
Ilia Colón Rodríguez (Madrid), <i>Kant y Darwin. Crisis Metafísica</i> .....	315
José Angel Lombo (U. Santa Cruz, Roma), José Manuel Giménez Amaya (U. Navarra), <i>Cuerpo viviente y cuerpo vivido. Algunas reflexiones desde la antropología filosófica</i> .....	357

### SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

Thomas Nagel, <i>La mente y el cosmos</i> , Biblioteca Nueva, Madrid, 2014 (José Antonio Cabrera Rodríguez).....	389
---	-----

## ¿ES EL COSMOS REALMENTE UN OBJETO? (Is the Cosmos Really an Object?)

Hector Velázquez Fernández  
Universidad Panamericana. México

**Resumen:** Entender al universo como una sustancia entendida como objeto, provisto de unidad, determinación e independencia, como base para argumentar la necesidad de una causa eficiente externa, y la compatibilidad de la teología natural con la cosmología contemporánea, no es una propuesta exenta de problemas. En este trabajo se sugiere que la idea aristotélica de sustancia no corresponde del todo a la noción de objeto, y que en todo caso, una fundamentación de la teología natural con base en la cosmología contemporánea sería más factible si se entendiera al universo como una unidad de orden, más que como un objeto.

**Palabras clave:** cosmos, orden, sustancia.

**Abstract:** The position according to that the universe is a substance or object, provided with unit, determination and independence, and trying to base the natural theology on the contemporary cosmology, implies a lot of important troubles. In this paper I suggest that, according to Aristotle, substance doesn't mean object, and if we pretend to build natural theology upon contemporary cosmology, it would be more feasible to consider the universe as a unit of order, more than just as an object.

**Keywords:** cosmos, order, substance.

**Recibido:** 22/12/2014. **Aprobado:** 20/01/2015.

### *1. El universo como un objeto*

Emprender una argumentación que pretenda mostrar al universo como un todo, con una causa externa que justifique su existencia, orden y estruc-

tura, y enmarcarla dentro de la cosmología contemporánea, no es una empresa particularmente sencilla, por la cantidad de aspectos y matices que conlleva.

Por ello es destacable el esfuerzo acometido por Francisco Soler Gil en diversos textos para mostrar cómo la cosmología actual pudiera respaldar ciertas tesis clásicas de la teología natural<sup>1</sup>.

La propuesta, como él mismo señala, gira en torno a la posibilidad de mostrar al cosmos como un objeto, necesitante de una causa global que a su vez no fuera objeto (para evitar la procedencia causal al infinito, de tan poco atractivo intelectual, según juzga Soler).

La clave de esta argumentación radica entonces en considerar al objeto en un sentido equivalente a la noción aristotélica de sustancia; lo que permitiría entender con mayor claridad cómo es que el universo-objeto necesita de una causa externa, justificadora de su existencia.

Para Soler Gil entender la noción aristotélica de sustancia pasa por remitirla a tres notas esenciales: determinación, independencia y unidad. Esto es, sustancia con rasgos definidos, determinados, que permitan diferenciar unas de otras; y que contrasta con otras sustancias en virtud de cierta estructura interna, propia, específica, diferencial. De ahí su independencia, que al margen del tiempo durante el cual la sustancia exista, la vuelve no necesitante de otras entidades en las cuales fundarse.

<sup>1</sup> Sigo la argumentación que Francisco Soler ha desarrollado a lo largo de diferentes textos de su autoría; entre ellos, *Aristóteles en el mundo cuántico*, Comares, Granada, 2003; *Dios y las cosmologías modernas*, BAC, Madrid, 2005; *Mitología materialista de la ciencia*, Encuentro, Madrid, 2013.

Inicialmente Soler refería estas características de la sustancia a las entidades cuánticas; pero posteriormente las extendió al cosmos completo, para hacer de este una sustancia u objeto del que se pudiera buscar una causa justificante, global y externa, como ya se mencionó arriba. Todo ello en el entendido de que designar al cosmos como un todo objetual o sustancial, permitiría hacer interactuar los desarrollos de la cosmología contemporánea con las tesis fuertes de la teología natural. Y encontrar en la cosmología un eventual respaldo en favor de la postulación de Dios como la causa justificante del todo cosmológico.

De modo que el argumento podríamos resumirlo de la siguiente manera: dado que el universo posee determinación, unidad e independencia, puede ser entendido como un objeto, esto es, como una sustancia; cuya justificación ha de buscarse en un agente externo, que a su vez no sea objeto, es decir, ya no necesite de otra justificación adicional.

Reconoce Soler que reducir la sustancia a los tres rasgos enumerados arriba, compromete en cierto sentido la descripción de algunas entidades, que si bien cumplen cabalmente con alguno de dichos rasgos, carecen del resto en suficiencia.

Tal cual ocurre con los gases, en los que la unidad se vería en cierto sentido comprometida; o en sustancias como los electrones, en los que no quedaría del todo clara la independencia.

Aplicar estos tres rasgos al cosmos, como Soler apunta, tampoco es una empresa pacíficamente aceptada. Sobre todo por la relación causal, pues la causa explica la determinación, ya que la interacción de los componentes internos de una supuesta sustancia contrasta con lo que ocurre fuera de ella; y en eso radica precisamente la determinación de un objeto.



Algo semejante ocurre con la unidad numérica: justifica su identidad y diferencia respecto de otras sustancias en que la causalidad que mantiene integradas las partes en el todo no se extiende fuera del mismo. Y con la independencia algo similar: como rasgo sustancial, la incidencia causal no se comparte con lo que no forma parte ni de la unidad ni de la determinación de una sustancia; y ello hace que la sustancia exista por sí misma.

De tal modo que apostar a que el cosmos sea considerado sustancia implicaría poder formular una visión apropiada del todo que se supone es (para lo cual deberá sortear la crítica kantiana al respecto). Pero no solo: también habrá de enfrentar las objeciones canónicas contra la sustancia, puestas en circulación por Hume.

Soler Gil ha elaborado una cuidadosa revisión de las características que a su entender permitirían referir el modelo de la gran explosión a las condiciones de un cosmos entendido como sustancia u objeto. Aunque reconoce que de entre los rasgos ya enumerados el de la unidad sería el más complicado de justificar; pues el carácter dinámico del universo exigiría mostrar en qué sentido se mantendría un único movimiento general del cosmos a gran escala, como es propio de un todo, a sabiendas de que algunas partes del universo pudieran estar desvinculadas causalmente entre sí.

Sin embargo, ve con menos dificultad atribuir independencia y determinación a ese supuesta totalidad sustancial cósmica, pues el modelo de la gran explosión supone un universo cerrado y sin entorno, cuya estructura articulada a modo de un fluido ideal, con movimiento propio, permitiría considerarlo como un objeto físico; con causa eficiente a manera de explicación de su existencia.

La cosmología cuántica, al describir el universo en sus condiciones iniciales, parecería poner en entredicho la posibilidad del cosmos como un objeto o sustancia, pues lo describe como una realidad auto contenida, cerrada en sí misma, capaz de dar cuenta de sí misma sin ninguna causa exterior.

Y sin embargo Soler piensa que el tipo de universo resultante de una versión cuántica del cosmos, suponiendo que se tuviera una versión acabada de este modelo y con respaldo experimental, de cualquier modo arrojaría un cosmos independiente, dado su carácter de sistema físico cerrado; y también un cosmos unitario dentro de su dinamismo; y determinado, en virtud de la ecuación dinámica y la condición de contorno supuestas en el modelo cuántico del universo. Es decir, que de cualquier manera se concluiría un cosmos entendido como objeto o sustancia, necesitante de una causa eficiente como justificación de su existencia.

Y por ello el universo sería un objeto o sustancia en sentido ordinario. Si esto es así, concluye en su argumentación Soler Gil, pretender negar el acceso intelectual a la causa del universo (que la teología natural hace descansar en Dios) implicaría negar los resultados de la cosmología actual en cualquiera de sus modelos: el de la gran explosión o el del universo de acuerdo a la cosmología cuántica, pues a partir de cualquiera de ellos se concluiría el cosmos como objeto y sustancia.

Todavía completa el cuadro la posibilidad de que los multiversos conculcaran la lectura del cosmos como un todo, objeto y sustancia. Y esto porque entender nuestro universo como un ejemplar más dentro del conjunto infinito de universos paralelos (todos ellos con sus propias leyes y condiciones iniciales) nos obligaría a aceptar que si son reales los multiversos, con sus propias leyes y condiciones iniciales, no podía hablarse de un ente determi-

nado. Y sin embargo, observa Soler, se requeriría un marco teórico o ley que rigiera el origen de las propiedades de los posibles universos del multiverso, lo cual aludiría en cierto sentido a rasgos determinados. Además de que aceptar que el nuestro fuera uno más en el conjunto de los universos infinitamente posibles dejaría sin explicación el por qué de esa inflación ontológica gratuita de diversos cosmos, donde por cada uno de ellos con estructura y continuidad causal, habría infinitos más irregulares e inestables, lo que convertiría nuestros cosmos en el escenario de inexplicables ajustes milagrosos.

Concluye Soler que, o bien admitimos el universo como lo describen los modelos cosmológicos actuales, y por tanto el universo es un objeto o sustancia; o bien, se admiten los multiversos sin posibilidad de hablar de unidad, determinación e independencia. Y dejamos entonces sin explicación el universo normal en cuyo escenario no ocurre un desmoronamiento instantáneo, que habría de suponerse si la estabilidad no fuera un rasgo a distinguir dentro de nuestro cosmos, y este fuera una variante más dentro de los millones más paralelos y simultáneos.

Esta argumentación emprendida por Soler Gil sobre la eventual correspondencia entre la cosmología actual y las tesis de la teología natural, podría quedar sujeta a afinaciones, precisiones y respuestas a los objetores (tanto desde el punto de vista cosmológico como filosófico). Me parece, de cualquier modo, que el planteamiento es solvente y es llevado con coherencia y pulcritud lógica.

## **2. Objeto y sustancia**

Sin embargo, el propósito de las presentes líneas no es intentar poner en entredicho si la cosmología contemporánea respalda o no las tesis de la teología física; sino más bien centrarnos en un momento discursivo anterior.

La fuerza del argumento que entiende al universo como una sustancia, se finca en dos pasos: propone el cosmos como un objeto, dada su unidad, determinación e independencia; y además convierte la noción de objeto en un modo de describir la realidad necesitante de fundamento externo (en virtud de que la noción de objeto resumiría y equivaldría, según la propuesta de Soler Gil, a los rasgos más característicos de la noción de sustancia, según la versión aristotélica de la misma).

Y es aquí donde quisiera sugerir algunas reflexiones con la intención de que revisáramos si no estuviéramos sacando conclusiones demasiado apresuradas de lo que dentro del pensamiento de Aristóteles se entiende por sustancia; y si dicha noción da para considerar al cosmos como un objeto, antes de apurarnos a presentar la cosmología actual como respaldo de la teología natural tomando como puente el pensamiento de Aristóteles.

Ya el profesor Fernando Inciarte había advertido sobre una cierta tendencia *cosificadora* en la lectura de la sustancia aristotélica, que la refería especialmente al contexto de la predicación y al sujeto de atribuciones. No es gratuita tal tendencia<sup>2</sup>.

2 Sigo sus reflexiones en F. Inciarte, *Tiempo, sustancia, lenguaje. Ensayos de metafísica*, ed. L. Flamarique, Eunsa, Pamplona, 2004, especialmente dentro de los capítulos 2, 4, 11.

La sustancia es en buena medida un eficaz recurso homologador de las predicaciones (como sujeto de atribución), que permite a quien juzga formarse una visión global de la realidad, una imagen general del mundo.

Insistir en su función de referente de los predicados permite a la sustancia aglutinar la diferencia, conjugar la diversidad, y dar la sensación de que no hay realidad desvinculada que no pueda ser arropada bajo el paraguas de la predicación.

Pero en esta aparente virtud, radica, para algunos de los más duros críticos de la metafísica de Aristóteles (según observa el profesor Inciarte), una de las más marcadas debilidades de esta visión que hace de la sustancia preferentemente un sujeto de predicación o receptor de atributos: la transforma en una suerte de entidad cosificada que a modo de andamiaje receptor parecería reunir cualquier predicado y dar pie a todo tipo de conjunto de conjuntos; donde todo puede ser integrado por igual como un gran amasijo homogéneo en el que para incorporarse no se requeriría otra cosa que ser incluido en la imagen general del mundo.

Tengo para mí que quizá pudiéramos estar cayendo dentro de esta visión cosificada de la sustancia denunciada por el profesor Inciarte, al pretender considerar la sustancia como un objeto, y a este (por lo tanto a ella) como la detentora de y preferentemente de tres rasgos: unidad, determinación e independencia. Porque en sentido estricto prácticamente toda realidad podría argumentarse cosificable, y por tanto objetivable y sustancial; y ello comprometería el contraste o la contrariedad entre las realidades.

En esto se pretende fundar precisamente la fuerza del argumento: el cosmos sería objeto como cualquiera otro en la realidad: si una taza, un edificio o una cítara son sustancia y objeto, y el universo lo es como cualquiera reali-

dad semejante, la necesidad del artífice en uno y otro caso se impone, y su identificación se justifica.

Pero ¿no estaremos haciendo pagar un precio demasiado alto a la noción aristotélica de sustancia con tal de convertirla en el puente entre la realidad originaria y el universo en su conjunto total?

Unidad, independencia y determinación son rasgos que se podrían encontrar en prácticamente cualquier entidad en la que identificáramos características o peculiaridades. No habría entonces posibilidad de diferenciar entre la taza, el edificio, la cítara y el universo.

Precisamente eso es lo que se pretende (dirá quien sostenga que el universo es objeto); pero donde todo es igualmente importante, las diferencias acaban colapsando, y hacen de la irrelevancia el factor determinante de la realidad.

Para Aristóteles el contraste, la distancia ontológica entre las realidades (punto de partida del conocimiento, pues donde esta no se da, la peculiaridad se desdibuja y hasta la predicación se compromete), la oposición, pues, conlleva variantes; pues los rasgos que distinguen a ciertas realidades no son compartidos por otras, por lo que la diversidad es un principio real más determinante que la homogeneidad.

Dicho en otras palabras: poca rentabilidad cognoscitiva parecería haber en un mundo donde lo mismo las tazas, que los edificios o el universo pudieran ser considerados sin más como igualmente sustanciales.

Una visión minimalista de la metafísica, dice el profesor Inciarte, se conforma con la ontología más que con la metafísica; y es que la ontología permite más fácilmente la homologación predicativa, que la metafísica. Pues a la ontología le basta enumerar los rasgos predicativos comunes a los miem-

bros del conjunto, que en nuestro ejemplo se integraría de todo aquello que por igual fuera llamado 'sustancia'. Si todo lo homologado por la predicación es considerado por igual sustancia, su diversidad se manifiesta de menor monta, accidental e irrelevante.

Dice Inciarte que en el fondo de la crítica analítica a la metafísica, cuando la denuncia como una herramienta predicativa cuya función es hacerse una visión global de la realidad, campea el fantasma de la cosificación de la sustancia; por lo que no es de extrañar que diferentes realidades como el alma, la voluntad y otras entidades afines sean mal entendidas cuando se refieren a sus rasgos sustanciales; porque entienden sustancia como cosa. Y añadido yo: como objeto.

Por eso una lectura plana de la metafísica convierte a la materia en principio de individuación y a la sustancia en correlato de composición; como si lo propio para ser reconocido como sustancia fuera el solo ser compuesto, y tener límites propios y compartir la posesión de unidad, independencia y determinación. Como pasa en la taza, el edificio o el cosmos cuando se les considera igualmente sustancias.

Aquí ya nos vamos acercando a la observación que ha animado la redacción de este trabajo: unidad, determinación e independencia podrían asumirse como rasgos fundamentales de lo que debiéramos entender por objeto, pero no me parece que sea así cuando pretendemos entender lo que es sustancia. Al menos no en sentido aristotélico.

### ***3. Las ventajas de la unidad de orden***

No es mi intención entrar en este espacio en disputas hermenéuticas de escuela. Sin embargo creo que uno de los rasgos más característicos destacados por la ruta que sigue Aristóteles en la exposición conjunta de la sustancia a lo largo de la *Metafísica*, es precisamente remarcar su analogía y su alejamiento de la univocidad.

Hay diversos matices que no voy a recordar aquí con detalle porque son suficientemente conocidos y han sido tematizados con suficiencia por la tradición explicativa. Solo quisiera destacar que no es lo mismo, dentro del pensamiento del Estagirita, entender la sustancia en el contexto de las *Categorías* y el libro VII de la *Metafísica* (donde se trata cómo es que un sujeto puede recibir predicaciones o puede ser sujeto de atribuciones), que en el del libro IV cuyo tema es la sustancia tomada como esencia, y la diferenciación entre la sustancia entendida como género y como especie; ambas protagonistas de la definición.

Y en un sentido distinto, el libro VIII aborda la sustancia material, no en cuanto receptora de predicados, sino como integradora de sus componentes. Aún hay otros giros analógicos de la sustancia: entendida como forma, donde su carácter separado no es un vehículo de unificación homologadora sino medio de distinción, peculiaridad imposible de emular por ningún otro principio. O la sustancia entendida al modo del libro XII, donde se la ve como lo perfecto; o la sustancia entendida como ente matemático.

Así pues, afirmar que unidad, determinación e independencia resumen los rasgos de toda sustancia por igual, parece a mi entender una conclusión un poco temeraria. En efecto, no parece que la unidad sea solo propia ni distin-



tiva de la sustancia. Se encuentra también entre las realidades pobremente unitarias, como se describen a lo largo del libro V y X de la *Metafísica*, donde se aborda el tema de los tipos de unidad y pluralidad reales. La analogía y no la homologación es también la base de la unidad.

Pero tampoco es la univocidad el eje de la determinación: las formas que peculiarizan y nos permiten identificar cómo se distinguen ciertas características de otras, es tan determinación como las peculiaridades que juegan el papel de fundamento, y no solo de configuración: no es lo mismo la intensidad de un color frente a su palidez, que la racionalidad humana respecto de la animalidad del pulpo. Son determinaciones, pero atravesadas también por la analogía, en la que aparece más lo que distingue dos realidades, que lo que aparentemente las une.

Tampoco la independencia parece estar fincada en la univocidad. Al menos no dentro del pensamiento de Aristóteles. Podríamos aventurar la idea de que independencia responde en todo caso al carácter de separabilidad; de capacidad de persistir no obstante los otros.

De tal modo que me parece razonable plantear la duda sobre si estos tres rasgos reflejarían de modo suficiente lo que podemos entender por sustancia en el pensamiento aristotélico.

Pero supongamos que así lo fuera, y que dichos rasgos recogieran a cabalidad lo que Aristóteles quiso afirmar cuando habló de sustancia. Con todo, creo que dada la heterogeneidad de las estructuras físicas, de la que ahora somos más conscientes por el desarrollo de la cosmología contemporánea, y que el cosmos de las condiciones iniciales fue dando origen a formas posteriores cada vez más complejas, y cuya evolución nos presenta realidades más primitivas según nos asomamos más hacia atrás en el tiempo,

pareciera que el modo de acceder al estudio del cosmos para rastrear la pertinencia de una relación entre la teología natural y la cosmología contemporánea no fuera en todo caso la idea de sustancia.

Esto es, no parece que la postura irrenunciable para quien desea postular una causa externa del cosmos sea afirmar de modo necesario que, o el universo es una sustancia u objeto o no podrá buscarse de él justificación de su ser.

Creo que si la intención es mostrar que el universo entendido como un todo requiere una fundamentación ontológica externa, o causa eficiente de su ser, dentro de la filosofía aristotélica hay herramientas más acordes para intentar dicha argumentación.

Y entre ellas podría enumerarse la unificación de lo múltiple y diferente, la coordinación de lo heterogéneo (sin necesidad de homologaciones unívocas bajo razones de uniformidad unitaria, determinada o independiente), que se supone bajo la idea de la unidad de orden.

Es este tipo de relación, la de unidad de orden, la que plantea Aristóteles en el libro XII como la propia del cosmos; la que respondería a la relación interconectada de los procesos materiales de todo tipo.

El ajuste fino y la delimitación de las condiciones especiales y restringidas que permitieron operar al cosmos desde su inicio, dentro de la cosmología contemporánea, correspondería más temáticamente a la idea de unidad de orden, que a la de un modo unívoco de entender el cosmos como sustancia.

Hablar del cosmos como un todo es hablar de un conjunto donde la multiplicidad es el factor no solo de organización sino de despliegue en el tiempo; que permite reconocer que es el mismo mundo o cosmos el que estamos reconociendo cuando lo vemos en sus orígenes y hoy.

Esta ruta del cosmos como una unidad de orden quizá tuviera una cierta ventaja frente a la propuesta del cosmos como sustancia: no requiere de una causación lineal o unívoca o de una noción de movimiento o cambio al unísono o en simultaneidad. Precisamente su clave es la coordinación de lo diferente y la integración de lo disímbo.

La unidad de orden es quizá uno de los ejercicios intelectuales más ambiciosos y completos que puede pretender desarrollar la mente humana, pues implica la identificación de patrones de conexión, ya sean estables o dinámicos; y contempla eventuales cambios de los mismos en el tiempo. No es que se desentienda del problema de los orígenes, pero creo que la idea de unidad de orden, sobre todo aplicada al caso del cosmos, pareciera ajustarse mejor tanto a la explicación del modelo *standard* como de la cosmología cuántica.

Parece contar con ventajas epistemológicas y apenas costos argumentativos. Si comparamos su situación con el universo entendido como objeto, de la propuesta de Soler Gil, en su lectura previamente habría de justificarse que el cosmos es un todo, que su independencia es homogénea y global, y que contiene rasgos suficientemente determinados como para permitirnos hablar de que precisamente es eso: un todo. Pero también hay que salir al paso de la complicación de la idea de objeto, tan cara al pensamiento moderno y tan ajena a la especulación aristotélica.

La noción de objeto, lo dado, lo acontecido, parece aludir más a un carácter estático, completo, homogéneo, único, por no decir unívoco. De los tres rasgos que se establecieron para hablar del universo como objeto o sustancia, el que quizá se comparte en mayor medida con la unidad de orden es precisamente el de la unidad. Pero ¿qué es más unitario, el orden o la

sustancia? ¿Cuál refleja mejor lo que hemos de entender por cosmos? La sustancia es unitaria por la concausalidad que le da origen y sostén; la sustancia es un tipo de entidad donde la pluralidad es irrelevante y la entidad en una sola y la misma en toda ella. Por eso los elementos que la componen pierden relevancia cuando se integran en el todo. ¿Y cuál permite más la heterogeneidad del universo, la unidad de orden o la unidad sustancial?

La unidad de orden no es independiente respecto de los entes que están siendo coordinados por ella. En la unidad de orden no se requiere que todos los integrantes se ordenen del mismo modo; más aun, se supone que cada una de las operaciones de los entes que guardan dicha unidad posean dinamisismos independientes o separados, y que no guarden unidad sustancial entre sí. Esto es, que si hay unidad de orden en el cosmos no es necesario que el universo sea entendido como sustancia u objeto.

Soy consciente de que se me puede objetar que hay tantos Aristóteles como lectores del mismo, y que en plan de encontrar sustento a cualquier tipo de interpretación sobre su planteamiento, basta adherirse a la ingente lista de escuelas que pretenden ser los intérpretes genuinos. También se me puede decir que el Filósofo es poco claro en cuanto a la temática sobre la sustancia se refiere, o que muchas más cosas dijo de las que se pueden tomar en cuenta a la hora de querer tenerlo de inspiración para una pretendida fundamentación cosmológica de la teología natural.

Por eso mismo, por estas y otras eventuales complicaciones, creo que se debe ser más prudente al momento de querer encontrar recetas prontas y descripciones unívocas, que no necesariamente contaron con esa intención en los autores que dieron origen a la especulación occidental desde su origen.

Objetarme lo enunciado arriba sería perder el foco de mi propuesta. Mi intención es sugerir que no necesariamente Aristóteles da pie para sostener lo que nos conviene que quisiéramos hubiera sostenido.

#### **4. Conclusión**

En resumen: la ruta mental por la que el intelecto intenta pedir cuentas sobre la existencia del universo en el que aparecimos y dentro del que nos desarrollamos, es uno de los ejercicios más rentables en que puede ocuparse el ser humano en la actualidad.

Hoy como nunca contamos con los elementos que nos permiten describir los mecanismos comunes desde el inicio del universo y hasta hoy. Y sin embargo, no parece indispensable para una cabal comprensión, tanto de elementos como de sus criterios de interacción, hacer del cosmos un objeto o sustancia. Antes bien, dado que cada integrante cuenta con sus propios dinamisismos cambiantes en el tiempo, la justificación atractiva para el intelecto radicaría en rastrear por qué el cosmos está coordinado bajo unas condiciones tan finamente ajustadas.

Para un mundo plural como el de nuestro cosmos parece una ruta intelectualmente más prometedora estudiarlo bajo la idea de unidad de orden, pues también pide una justificación causal quizá aún más interesante, que dé cuenta de los criterios coordinantes.

No he pretendido relativizar el hallazgo del universo como un objeto, desarrollado por Soler Gil, antes bien la intención de estas líneas es preguntarnos si acaso el cosmos reúne las condiciones para ser tal, y si esas

mismas condiciones son suficientes para hablar del universo como una sustancia.

Creo que intentar la síntesis entre la idea de unidad de orden y los alcances de la cosmología contemporánea, y cómo ambas perspectivas pudieran servir de fundamento para la teología natural, es aun trabajo pendiente, pero no menos atractivo para el intelecto. Comenzar por las preguntas correctas sería un buen primer paso para emprender tal proyecto.

Quizá una de esas preguntas correctas fuera qué factores o criterios de interacción en el cosmos lo mantienen como un conjunto que pareciera coordinarse sin que sus elementos cuenten con condiciones idénticas entre sí, a sabidas cuentas de que su relación con el entorno es al modo de una coordinación que reclama su protagonismo.

Creo que un planteamiento de este tipo ayudaría a calibrar con mayor sentido en qué medida los alcances de la cosmología contemporánea pueden o no servir como soporte a la teología natural, y si somos capaces de hallar un principio intergradador que nos permita conocer cómo es que lo existente guarda tan acusada coordinación, y sin embargo cada entidad preserva sus propios dinamismos; lo cual creo que sigue siendo un pendiente intelectual que reta nuestra capacidad de interdisciplinariedad.

Héctor Velázquez Fernández  
hvelazqu@up.edu.mx

